Año III nº7 Febrero 1988

ERMUA, UN POCO DE HISTORIA DEL PUEBLO

Era Ermua hasta mediados del presente siglo un pueblo mixto de caserío y taller; de obreros, agricultores y pastores. A dos pasos de la Iglesia y del Palacio del Marqués de Valdespina se paseaban las vacas que iban a abrevar en el vado del riachuelo que mojaba los muros del caserío «Otxua».

Habitaban en la Villa de Ermua, unas mil personas. Este número se lo disputaban por aquellos tiempos Mallabia y Ermua y creo haber oído decir que en 1917, Mallabia los tenía y Ermua no. Venían algunos forasteros –muy pocos– y se marchaban fuera muchos ermutarras. Y es que en el caserío quedaba un solo heredero, debido a lo cual, la población se mantuvo casi sin cambios hasta el año 1950 y alrededores.

En los soportales de las casas rugían las máquinas de los pequeños talleres: herrería, piezas sueltas de escopetas, piñones de bicicletas y pistolas «mataperros».

Esta clase de pistolas, por cierto, me han asegurado que se vendió mucho, entre los ciclistas. Estos se encontraban con los «txutxos» no acostumbrados a ver estos ingenios, les atacaban y los ciclistas se defendían de ellos a tiros.

Pequeña hondonada surcada por dos arroyos

Era Ermua una Villa fundada en el siglo XIV en terrenos de la Anteiglesia de Mallabia, que a partir de su fundación se fue convirtiendo en un diminuto centro de vida distinta de la del caserío aislado. Ya en el año 1952 tenía un médico, dos maestros, una farmacia, Ayuntamiento propio con su Alcalde, secretario y tres curas...

Un día, acertadamente, sacaron la carretera general del centro del pueblo, cuando el puñadito de personas que formaban la comunidad se agrupaban entre el camino de Karabitxa –hoy Goinkale–, la vía del ferrocarril, la carretera Bilbao-San Sebastián y la carretera de Mallabia.

Una bella panorámica tomada el año 1917 nos muestra lo que era Ermua; una pequeña hondonada surcada por dos arroyos: el de Hambre-Verano y el de Mallabia, que se encontraban en el mismo pueblo para formar el primer hilillo de agua del río Ego.

Campos verdes por todas partes, un par de torres esbeltas –de la Iglesia y del Palacio– y un montoncito de casas pobres y negruzcas. Todo era verde en su entorno. Alzando la vista hacia el Norte, se divisaba allá a lo lejos la orilla del río, el caserío de Purgatotxo; en el Este, el viejo caserío de Karabitxa oculto entre los manzanos; por encima, campas verdes, el caserío de Santuko, el antiguo convento de Clarisas –llamado caserío de Trake–, y más campas verdes por encima de la vía del ferrocarril –campas de Izelaieta– hasta los límites de San Lorenzo (Sallabente).

En medio de todas estas campas verdes descollaban los citados caseríos de Karabitza, Santuko, Trake y, más arriba, a la izquierda, el cementerio con unos cuantos esbeltos cipreses. Arriba del todo, sobre las lomas de Izelaieta, el caserío de Abeletxe (casa de ganado).

Los caseríos situados lejos del casco urbano eran muy pocos: media docena de Sallabente; algunos más arriba del monte: el de Josío y los de Ureta; y en las faldas de Urko, el Urkogoikua y Urkobekua.

El lenguaje del caserío y de la calle era el euskera vizcaíno y muy pocos ermutarras sabían hablar erderaz a principios de siglo. Los maestros de escuela empleaban un sistema poco recomendable para enseñarlo: el método del anillo. Al empezar la clase, depositaba el maestro su anillo de casado sobre su pupitre. Este anillo iba a adornar el dedo del primer alumno que pronunciase una sola palabra en euskera y el niño que al acabar la clase tuviera el anillo recibía un castigo, a veces una paliza.

Campión, en su novela «Blancos y Negros», cuenta el caso trágico del niño contrahecho y pobre que recibe tal paliza por parte del maestro, por haber hablado en euskera, que muere a consecuencia de la misma.

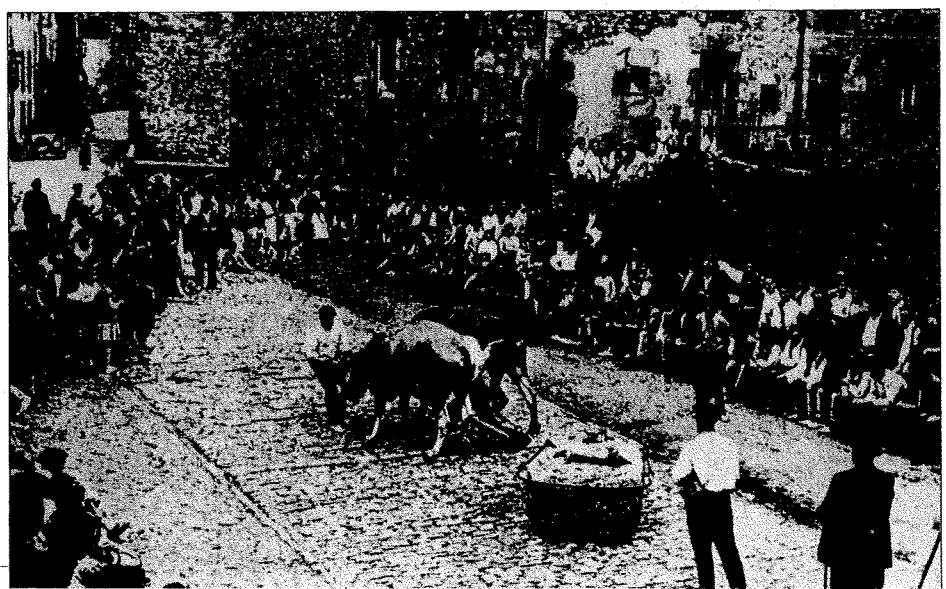
Ventajas y desventajas del crecimiento demográfico

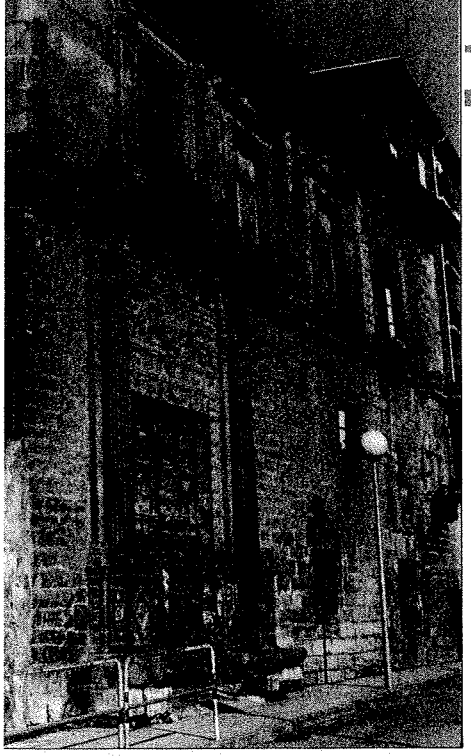
Y llegaron los años 1950-60. Y con esos años, el aluvión de forasteros. La industria de Eibar, favorecida por la miseria de la postguerra y por las barreras aduaneras, prosperaba y necesitaba mano de obra. Y aquí vinimos muchos hombres y mujeres jóvenes desde todos los rincones de España. Vinimos a Eibar. Y de Eibar hacia Ermua por motivo del mejor precio de las viviendas. Ermua-Berri llamo yo desde años atrás a Ermua, y es que hubo que hacerlo todo. Aumentaron las viviendas, construidas a prisa y mal, aumentaron los servicios médicos, farmacéuticos –hasta cuatro farmacias–, escolares, policiales, centros de expansión, cine, bares, comercios...

Casi todos los inmigrantes éramos muy jóvenes, y como además vinieron las mejores mozas de los pueblos de España, se multiplicaron los niños; y aquel pueblecito de menos de tres mil habitantes en 1952, llegó a tener quince mil, diez años después.

¿Ventajas de estos cambios? Muchos baserritarras se enriquecieron vendiendo sus terrenos a los contratistas de ca-

Prueba de bueyes en Ermua. Año 1927. Los arreadores no llevan «akullu», prohibido en aquellos años en Vizcaya.





Palacio de Lobiano, cuya construcción parece fecharse a fines del siglo XVI.

sas y sus productos agrícolas tuvieron mejor mercado.

Disminuyeron las «neskazarras» y Ermua empezó a tener una población joven y dinámica.

¿Desventajas? A prisa y mal, todo es igual. Hubo muchas cosas mal hechas, dos de ellas lamentables y de difícil solución después; una, construir viviendas al otro lado de la carretera Bilbao-San Sebastián; y otra, polucionar el ambiente.

El río era antes cangrejero y truchero. Se cogían cangrejos en las inmediaciones de la plaza y anguilas junto a los muros de la casa Malengua –hoy final de la calle Zubiaurre–.

Desaparecieron las praderas, bajo montones de viviendas apretujadas que cerraron el paso al sol. El pueblo –concretamente la calle de Zubiaurre– perdió la luz y la alegría.

El euskera

Euskalerria fue siempre muy hospitalaria con los forasteros. Son innumerables los apellidos de gentes que vinieron de las más diversas partes y se afincaron aquí fundiéndose con los vascos. La población euskaldun asimiló perfectamente los pequeños grupos que, desde tiempo atrás, se establecieron en Euskalerria. Pero no pudieron asimilar de igual modo –al menos de momento– la gran masa de inmigrantes de los años 50-60. Inmigrantes que suponían sobre los años 70 el 80% de la población. Me ha dicho un eibarrés que, allá por los años 1912, hubo una fuerte afluencia de forasteros a Eibar, y que eso explicaría el hecho de que los eibarreses tengan hoy tantas palabras castellanas mal asimiladas por el euskera eibarrés. Como los forasteros no asimilaban por su dificultad el euskera, fueron los euskaldunes los que acabaron recogiendo las palabras castellanas, parcialmente modificadas como ventania, segui, bastante ondo, ezku-pañua, Komunia...

Sí hubo casos aislados de inmigrantes jóvenes –niños sobre todo– que, bien por convivir con baserritarras, o alternar mucho con euskaldunes, aprendieron bien el euskera.

Entre los hijos de los inmigrantes sí existe un interés mayor por el euskera, como vía de integración en la sociedad ermutarra y en la cultura vasca.

T. GANUTZA